

Narcisismo y relación de objeto en la situación analítica *

Serge Viderman**

“Mira, me puedes amar, me parezco tanto al objeto.”

Monologo del yo

(“El yo y el ello”)

Nadie duda que el narcisismo sea una idea central del psicoanálisis, ni ha venido hoy para oírmelo decir.

Las dificultades comienzan cuando se trata de dar al narcisismo su lugar justo en la organización del aparato psíquico y correlativamente, de definir su papel en la estructuración de la situación analítica.

Dejaremos de lado el sentido primero del término, aquél que *Näcke* daba al narcisismo, de quien *Freud* lo ha tomado y que corresponde a una fase de la evolución de la libido en la cual el propio cuerpo del sujeto es investido de una manera objetual.

Es necesario destacar de entrada que el sentido originario del término corresponde el concepto de narcisismo secundario: el sujeto trata a su propio cuerpo como un objeto sexual. Tal comportamiento sólo puede encontrarse en estados avanzados de la evolución libidinal: se trata de una regresión narcisística que supone fase anterior, una evolución y finalmente un retroceso de la organización libidinal que caracteriza la perversión. Ante este narcisismo ya secundario, el narcisismo primario aparecerá representando un estadio indiferenciado de la libido correspondiente a la indiferenciación primitiva del aparato

* Conferencia leída ante la Sociedad Psicoanalítica de París el 15 de febrero de 1966. Publicada en la *Revue Française*, tomo XXXII, n° 1 de 1969.

** Dirección: 15 Rue des Beaux Arts 75006. París

psíquico.

Debe estudiarse también hasta qué punto, en estos niveles primitivos, el narcisismo representa mecanismos que se articulan a la vez sobre las vertientes biológica y psíquica del desarrollo. Por lo tanto será indispensable, si queremos tener una visión tan clara como sea posible del concepto que manejamos y del papel que los mecanismos *descritos* juegan (tanto en la existencia humana tomada en general como en la singularidad que ella adquiere en la situación analítica), distinguir rigurosamente lo que pertenece a la biología y lo que se sitúa dentro del dominio propiamente psíquico.

Se puede concebir la existencia de un narcisismo biológico, el que ha sido ampliamente referido en la literatura. Pero que se conciba y que se describa la existencia de un narcisismo biológico implica que se tenga la seguridad que es legítimo usar el mismo término para designar dos cosas totalmente diferentes. El llamado narcisismo elemental, sería la expresión dentro de la organización de la materia viva, de la coherencia de los *procesos biológicos* que garantiza la permanencia de estructuras más y más complejas. Pero el concepto de narcisismo no puede ser ni correctamente aplicado, ni válidamente utilizado si se le confunde desde el 'punto de partida con procesos elementales que pertenecen a la biología. Utilizado de esta forma y tomado en acepciones que se aplican a campos heterogéneos del conocimiento, contribuye a extraviarnos y a conducirnos a extrapolaciones confusas. La extensión sin límites del concepto, ampliándolo sin necesidad, nos privaría de sus caracteres específicos más preciosos y más significativos.

Examinada más de cerca, esta manera de plantear el problema tiene su intención; se aprecia que ella tiende a demostrar la unidad de los procesos y de las fuerzas que unen la biología a la psicología 'e que trata de llevar al hombre al denominador común: la naturaleza. Se hace así del hombre un ser de la naturaleza, hecho cierto sin duda, pero deja escapar lo que del hombre hace la humanidad: que esté fuera de la naturaleza, a la que trasciende.

Si ahora pasamos del campo biológico, es decir del término elemental del

concepto a su extremo más elevado, chocamos con una generalización metafísica de tipo espinoziano: no habremos adelantado nada al admitir la perseverancia del ser en su ser.

Del campo biológico al metafísico, la extensión del concepto lo ha' trivializado hasta la tautología: el narcisismo equivaldría pura y simplemente a la vida.

Este narcisismo elemental prueba la coherencia de las estructuras vivientes y es por ahí legítimo aplicarlo al hombre en cuanto ser de la naturaleza. Es legítimo también partir de la existencia primaria de una libido *indiferenciada* y en este nivel, pero sólo en éste, me parece posible suscribir la existencia de la investidura indiferenciada que hace la libido, concebida como una energía absolutamente unificada: una concepción monista es aquí aceptable. Mas sería erróneo nombrar a este estado como de narcisismo, el término no debería ser utilizado más que cuando se trate de designar la investidura del yo por la libido.

En este nivel muy primitivo del desarrollo, la unidad de la libido garantiza la unidad estructural de la organización biológica y asegura la permanencia de una *forma* organizada frente a las amenazas de desorganización que vienen del exterior. Dicho de otra forma, *la libido aparece como* una fuerza unificadora y organizadora que se opone a las fuerzas que tienden a la destrucción: ello es una expresión del instinto de vida. A nivel del aparato psíquico encontramos la misma unidad, la diferenciación no se ha realizado todavía a no existe aún más que una sola instancia: el ello, al cual toda la libido ha investido.

Si rechazamos por tanto, conferir al concepto de narcisismo un sentido biológico, habrá que definir su aplicación en el campo psíquico, advirtiendo que adquiere su sentido y su utilidad sólo a partir de un cierto grado de evolución marcado por un doble proceso de diferenciación: del ser con relación a sí mismo y del ser *con relación al mundo*. Dicho de otro modo, una *primera* diferenciación tópica de las instancias, una segunda diferenciación del sujeto y del objeto y correlativamente, una evolución en el reparto de las investiduras libidinales.

Parece así que toda definición coherente del concepto exige que la existencia

misma del narcisismo sea inseparable de la de un yo, cualesquiera que sean por otra parte los caracteres, muy primitivos, simplemente esbozados, vagos lineamientos aún, de la instancia futura.

Si tratamos ahora de poner en duda la idea de una interdependencia necesaria entre la utilización coherente del concepto y la formación de los primeros esbozos del yo, bastará proceder a una contraprueba: ¿cuál sería el sentido de un narcisismo que anticipara la existencia de un yo? Se percibe al instante que el narcisismo desde entonces se confundiría pura y simplemente con el ello.

Así el narcisismo no sería más una manera específica de investidura del yo por las pulsiones sino que sería la pulsión misma; él es todas las pulsiones. Es una instancia, está confundido con el ello, del cual nada lo distinguiría más.

Así liberado del tiempo y del espacio, es el principio de placer que no limita ningún reconocimiento de la realidad: es la verdadera soledad de la omnipotencia narcisística.

Si admitimos que el narcisismo no puede concebirse fuera de la existencia de un yo, al que la llamada libido narcisística inviste de un modo específico, vamos a encontrarnos frente a otra consecuencia: la existencia de un yo requiere la del objeto. El sujeto y el objeto no. están en una relación de sucesión en el tiempo sino en una relación de simultaneidad y de reciprocidad en cuanto a su génesis y constitución respectivas. Si el yo y el objeto son históricamente contemporáneos; si ellos se constituyen realmente por acción recíproca, su génesis está determinada por un cierto equilibrio en la economía de las investiduras respectivas de la libido. Estamos en presencia de una bipartición de la libido, que inviste a la vez, en un mismo movimiento, al yo y al objeto, y es este mismo movimiento libidinal que los constituye simultáneamente. Por tanto sería necesario admitir en conclusión, la existencia de una libido del yo, llamada narcisística y de una libido objetal, *poseyendo ambos el mismo carácter primario*. Así el reparto de las investiduras libidinales es

originariamente doble: la investidura narcisística y la objetal son inseparables.¹

Se trata de un estado de equilibrio de las investiduras primarias de la libido surgidas ambas de la libido indiferenciada, conservando la investidura narcisística y la objetal un carácter primario. Pero este equilibrio es inestable y será cuestionado a cada instante, y roto, ya sea en un sentido como en otro: desde el momento que la bipartición libidinal se ha realizado, los intercambios de las investiduras se harán en los dos sentidos: del objeto al yo, regresión narcisística, pero que conservara siempre un carácter secundario; y el movimiento inverso de la libido, que va del yo al objeto, siendo el estarlo amoroso un ejemplo. La situación analítica proporciona por otra parte dos ilustraciones sorprendentes: la resistencia a la transferencia en el primer caso; la resistencia *de* la transferencia en el segundo.

Esta doble investidura representa a la vez el proceso por el cual el sujeto se crea, creando el mundo de sus objetos, pero introduce en la médula del ser este destino ambiguo que hace de él ese ser contradictorio, cuya muerte prueba su doble quebrantamiento: interior por la oposición conflictiva de las instancias, exterior por el conflicto con el objeto, a la vez indispensable y conflictivo.

En fin, si me ha parecido preferible, al menos dentro de la perspectiva que cité, abandonar la noción de narcisismo biológico, lo mismo que aquella de un narcisismo que se confundiría con el ello, no carece de interés examinar ahora las consecuencias y las enseñanzas que se desprenden de la concepción de un narcisismo prenatal, aquél de las primeras relaciones de la madre y su amo.

II

¹ Sería útil para, completar este trabajo, rever la introducción que hice al Coloquio de Deauville, en marzo de 1965, sobre la regresión en el tratamiento analítico, donde encaré el problema' de la regresión en la situación analítica y los lazos que las unen.

En una intervención a propósito del informe de Barande, traté la regresión en la sesión de análisis en forma más particularizada. En el trabajo presente, aun cuando la palabra regresión no está unida cada vez a la palabra narcisismo, es evidente que connota el sentido de una formación patológica. Se trata, el contexto no permitirá ninguna confusión, de regresión narcisística, ya sea **espontánea** como la de las estructuras psicopatológicas Cloe encontramos en clínica, o **inducida** como la que manejamos en la situación analítica.

Bank, haciendo de la situación analítica una situación narcisística en el sentido más regresivo posible del término, vista como reproducción de las primeras relaciones puramente fisiológicas entre la madre y su hijo, negación por tanto del trauma del nacimiento, ha hecho también la demostración de que, en ese caso, el narcisismo prenatal es el estado de mayor dependencia imaginable con respecto al objeto. El estado narcisista más acabado es aquel en el cual el sujeto no tiene aún existencia propia, en el que la relación sujeto-objeto está reducida a las anastomosis vasculares.

Se llega a la idea de que la concepción más perfecta del estado narcisista coincide con el estadio de mayor dependencia y que el estadio en que el ser accede a una existencia autónoma es también aquel del mayor trauma narcisístico: el del nacimiento.

Evidentemente, en esta perspectiva “el narcisismo” no es la autonomía, sino por el contrario la dependencia, la necesidad absoluta, vital, de la relación en este estadio puramente biológico. Esto tendería a hacernos tomar en consideración un aspecto del narcisismo a primera vista paradójico: sería antes que nada dependencia y nos conduciría a concebir el narcisismo aun en sus aspectos más elementales, como una relación.

Quizás ahora llegó el momento de preguntarnos en qué se funda la idea de la soledad narcisística, es decir del narcisismo considerado bajo el aspecto del repliegamiento del sujeto sobre sí mismo y de ruptura de la relación.

Lo que debemos aclarar son las razones que conducen a la retirada de la libido objetal y correlativamente al incremento de la investidura del yo por toda la energía libidinal sustraída a los objetos. Porque es sorprendente constatar cómo el sólo empleo del término narcisismo, evoca al objeto; los dos aparecen como inseparables. Hablamos de “unión” o “fusión” narcisísticas lo que implica, evidentemente, no sólo la existencia del objeto, sino el sincretismo sujeto - objeto.

Percibimos así, que al término de esta reflexión, el narcisismo se nos muestra

como carencia y negativismo: es fundamentalmente carencia del objeto, pero no se nos revela en su autenticidad, como tensión y búsqueda del objeto, sino en el modo negativo del abandono narcisístico del objeto. El narcisismo dibuja en vano la relación y no logra la plenitud por lo mismo que él establece una relación.

El hecho de que el yo retire las investiduras de los objetos y las vuelque sobre sí mismo, no significa que el yo niegue los objetos de un modo narcisístico. La negación del objeto no hace más que poner en evidencia aún con más fuerza su papel fundamental.

Así por ejemplo el juego del niño es una tentativa destinada al fracaso, de negar de un modo narcisístico mi mundo de objetos que escapa a su dominio. La negación afirma, en el acto mismo que la constituye, la importancia de lo que se niega. La investidura objetal misma tiene un carácter primario, y definir el narcisismo es darle su contrapunto indispensable: la libido objetal.

Si lo que nosotros entendemos por narcisismo es un estado que supone una economía precaria e inestable de las investiduras, definir este estado por la carencia y ausencia, es establecer por el mismo acto de pensamiento aquello por lo que logra la positividad, a saber, el otro. En el centro de toda concepción coherente del narcisismo encontramos la relación. La retirada de las investiduras objetales supone el fracaso de la relación y la búsqueda por el yo de los medios sustitutivos que suplan la carencia del objeto. Así la satisfacción alucinatoria del deseo muestra de manera ejemplar el reverso de la regresión narcisística: la necesidad del objeto.

La satisfacción alucinatoria, como el sueño, prototipo de la regresión *narcisística*, afirma la *realidad* negándola. En el origen de una y otro, encontramos la ausencia y la carencia. Lejos de hacer la demostración de su carácter narcisístico, ajenos al conflicto, ellos nacen del conflicto con la realidad y los objetos y representan la búsqueda de una solución por un camino que no tiene salida.

La regresión temporal a la satisfacción alucinatoria del deseo es una tentativa

desesperada, sin la menor *posibilidad* de éxito, de negar la importancia vital del objeto. El fracaso de la experiencia alucinatoria sólo puede ser disimulado — por el aumento de los mecanismos que tratan de colmar una ausencia intolerable— con el mundo de la negación delirante.

Los procesos regresivos en la situación analítica, aquellos de la regresión temporal a las satisfacciones narcisísticas sustitutivas, aquellos de la regresión tópica, *que* tratan de darle una realidad estésica, tienen el mismo significado y sugieren difícilmente la expansión a la relación narcisística.

Al fin de cuentas la regresión narcisística nos convence menos del amor que el sujeto se tiene a sí mismo que del amor fracasado que él volcaba en el objeto; nos persuadimos de la necesidad extrema que el sujeto siente con relación a sus objetos significativos, y de que los Otros objetos, los innumerables otros objetos, no son más que los satélites de los primeros, concepción multiplicada al infinito de los primeros objetos irremplazables que estallan en una serie infinita de otros, a los que el sujeto buscará en una demanda incesante para apropiárselos e incorporarlos.

Si la necesidad y la búsqueda del objeto revisten efectivamente tal intensidad (y parece difícil negarlo), esto prueba que la evolución entera del sujeto prosigue bajo el signo de luna carencia radical que implica que el ser está desde su origen marcado por su incompletud.

Extender el narcisismo a los límites del sujeto hasta confundirlos, es impedir radicalmente toda posibilidad de comprender el pasaje del sujeto al objeto y hasta la existencia autónoma del mismo.

Desde entonces el mundo del sujeto se convierte en el espejo, del cual el objeto sería el cebo; reflejo puro del sujeto que animará solo desde entonces, este teatro de sombras: el mundo no es más que el reflejo falso del sujeto.

Este persigue, decimos, una fusión esencial con su objeto, búsqueda de su realización narcisística completa. Ello es afirmar también que el ser está incompleto, que la llamada búsqueda narcisística de su plenitud por la búsqueda del objeto revela la *carencia* radical bajo cuyo signo el narcisismo

debe ser concebido de manera eficazmente dialéctica.

Siendo el objeto contrapunto o término antitético del narcisismo, el tino no se concibe sin el otro. Si hacemos del objeto un ser menor, reflejo degradado del narcisismo del sujeto, nos ponemos en la imposibilidad de concebir el objeto como existencia plenamente asumida y consustancial al ser del sujeto.

Si trasponemos el problema a la situación analítica, hacer de ésta una situación que estaría estrictamente bajo la dependencia del narcisismo es prohibir toda comprensión positiva de la transferencia de la que no queda más que la sombra que proyecta el sujeto, epifenómeno contingente, ilusión proyectada y testimonio de la dominación narcisística y sin división del sujeto. De hecho parece ciertamente que es tan imposible al sujeto vivir en estado autárquico de su economía libidinal como le sería imposible saltar por encima de su propia sombra.

La tentativa psicótica es al respecto ejemplificante: las neurosis narcisísticas demuestran el carácter ilusorio de la desinversión defensiva del objeto. La alucinación y el delirio dejan traslucir, tras la renegación psicótica de la inversión del objeto, el fracaso de un alarde que se inscribe en contrapunto con la omnipotencia megalomaniaca de la psicosis, aquella no menos fundamental del objeto a la vez negado y proclamado.

La búsqueda de la omnipotencia por el recurso a lo imaginario lúdico o mágico en el niño y el primitivo, dejan ver su reverso: la inseguridad, la impotencia y la negación por el refugio en la ilusión defensiva.

Así el juego de *fort-da* no expresa de ningún modo la omnipotencia narcisística del niño que no es *más* que una vana apariencia, y sí mucho el sufrimiento, la inseguridad y el llamado al objeto ausente. El carretel se esforzará en vano por ser puesto en el lugar de la madre y el niño, a su gusto, lo hará desaparecer y *volver*; la *función vicariante del juego no tendrá más* que un tiempo: aquel que mide la urgencia de las necesidades, aquel que consume el fracaso de las satisfacciones imaginarias del deseo.

Si el narcisismo así se nos muestra, resulta que lejos de ser la negación del objeto es exigencia de una relación con el objeto, es necesidad del objeto como lo que funda y asegura la propia existencia del sujeto.

La llamada relación “captativa” lo muestra bien y aun en la elección del término de la calificación, se capta el objeto como se capta una fuente y no es por azar que la relación más captativa, también la más narcisística, es la más vital: la relación con el pecho.

Los sociólogos lo saben y desde hace tiempo dicen que no hay existencia humana posible fuera de una organización social, por más rudimentaria que sea; que no hay muchedumbre, por más falta de organización que ostente, por *muy* espontánea en su formación o *circunstancial* en su reunión, que no sea prueba de alguna estructura que una sus miembros entre sí ‘e a todos ellos con sus jefes. El hombre solo, el hombre abstracto, es una de las ilusiones del siglo XVIII. *A fortiori*, no hay existencia individual concebible, sin la existencia del *objeto*.

III

En fin, quizás ahora es tiempo de abandonar las consideraciones teóricas y preguntarnos cómo lo que antecede logra expresarse en la situación analítica.²

Es a Rank a quien debemos la primera descripción de la situación analítica vista desde el ángulo de la fusión narcisística. Su obra consagrada al trauma del nacimiento, comienza por un capítulo titulado “La situación analítica”, en la cual Rank ve la reproducción de las relaciones fisiológicas que unían la madre a su hijo y que preceden al nacimiento.

Habiendo sido éste el gran trauma narcisístico, el paciente va a aprovechar todas las ocasiones y particularmente esta oportunidad privilegiada que es la situación analítica para negar el trauma original y reconstituir, esta vez con el analista, la unidad narcisística perdida.

No se trata de esto, de ningún modo, dirá Rank en términos propios de una

² Antes de emprender esta segunda parte de mi exposición me parece útil precisar el siguiente punto. Todos conocen la extensa literatura consagrada a este tema; para no mencionar más que los trabajos franceses recordaré los de Bouvet sobre la relación objetal, luego los de Grunberger sobre el narcisismo y por último, más recientemente, el trabajo de Stein sobre el narcisismo en la situación analítica.

El espacio reducido de una conferencia no me permitirá examinar estos trabajos. Me limitaré por tanto a indicar una posición personal.

metáfora: en la situación analítica el paciente reproduce *biológicamente* la unión con la madre.

Y no es sin una cierta ingenuidad que Rank responderá por la negativa a la pregunta que él se plantea y que es la siguiente: en qué medida, se pregunta, su personalidad y su manera particular de utilizar la técnica, han tenido por efecto hacer retroceder el yo del paciente hacia situaciones libidinales más y más arcaicas.

Porque es bastante evidente que el cuadro en que se inscribe la situación analítica, no es ajeno a los contenidos que allí aparecen.

No es indiferente que durante el análisis, estoy citando a Bank: “El paciente permanece tranquilamente acostado en un coarto apenas iluminado, sintiendo cerca de él la invisible presencia del objeto de su libido mientras que su imaginación, liberada de todas las exigencias de la vida real, puede darse libre curso”. Rank, sin duda, se veía obligado a negar toda interdependencia entre el método que utilizaba y lo que mediante éste descubría, porque evidentemente de otra forma habría minado los fundamentos mismos de su teoría y él ha resuelto el problema apresuradamente en un sentido que confirmaba sus presupuestos teóricos. Es con una sorpresa que nos maravilla que él comprueba que sus análisis duran exactamente el tiempo de una gestación.

“Dime cómo te han buscado, yo te diré quién eres”, escribía *Gastón Bachelard*. Estas palabras incisivas vienen al punto, citadas aquí para salvarnos de la ilusión.

Para tratar de ver más claro debemos plantear el problema de la relación causal que une la regresión a la situación en la que ella se revela. Si me detengo en esto es porque las interferencias entre el método y los resultados juegan un papel esencial en la situación analítica. La regresión es posterior al establecimiento de la situación analítica, cuya organización tiende expresamente a producir este efecto. Ella exige tiempo; si irrumpiera desde las primeras sesiones sería una prueba de que los fenómenos en *cuestión* no representan una regresión auténticamente psicoanalítica.

La noción de regresión implica un movimiento en el tiempo, es decir la

historia del sujeto revivida en el análisis a contramarcha de su desarrollo temporal. La situación analítica es el lugar donde se inscribe la temporalidad regresiva, ella está condicionada por la situación analítica; hacer de ella el primus movens de la situación analítica es invertir el orden de las determinaciones.

Es evidente que la regresión está ligada a la situación que el psicoanalista ha concebido y donde él ha elegido ubicar a su paciente. El cuadro formal de la situación analítica está definido por reglas técnicas rigurosas con el objeto de provocar las regresiones consideradas indispensables para el desarrollo posterior dentro del marco del tratamiento de los contenidos específicamente analíticos.

Una descripción completa y satisfactoria de la situación analítica debería tener en cuenta el cuadro dentro del cual se inscribe y los afectos que el paciente vive allí. Sin embargo, tanto en el arreglo técnico del campo del análisis como en el modo de expresión de los afectos, la función del analista es capital. Y es mucho más importante de lo que su eclipsamiento técnico permitiría suponer. Es sin duda la discreción del analista, discreción técnicamente querida, lo que explica que la exacta participación que le corresponde en el establecimiento de la situación analítica no esté suficientemente aclarada. Es también porque la mayoría de las condiciones de su acción se definen negativamente que se ha estado menos atento al reverso positivo de su acción. El hecho de que se aconseja al psicoanalista no hacer nada no prueba que este usada no sea algo. El papel que va a desempeñar el paciente en la situación analítica, por la intensidad de los afectos y las emociones que va a vivir en ella, hacen resaltar más la participación que tiene el analista por el cuadro que ha debido arreglar para que esta vivencia pueda aparecer. Debemos admitir que los contenidos específicos del análisis y en primerísimo lugar la regresión global que en él se opera, tanto narcisística como objetal, no son independientes de la técnica que organiza la situación.

Todas las reglas decretadas por el analista van acorralando al paciente hacia la regresión. Sin embargo, si la regresión es inducida por la situación analítica y el primer impulso de ésta no sabría encontrar en ella una razón suficiente, no es menos cierto que los lazos de causalidad que tienen la situación analítica y la regresión están en una relación de reciprocidad. La regresión operada

gracias a la situación analítica va a proporcionar su dinamismo esencial al tratamiento.

Se desprende en consecuencia que si la regresión narcisística debe ser tomada como un fenómeno tardío de la situación analítica, como un efecto de su estructura específica, ésta no puede ser concebida como simplemente tomando su dinamismo de un fenómeno que le debe su existencia.

Parece por tanto, que no se puede afirmar que la relación objetal sea posterior a la investidura narcisística como significando una etapa de la evolución más tardía de la libido dentro del cuadro de la situación analítica.

Es plausible que si no hubiera, y esto desde el comienzo, una oposición libidinal, la situación analítica carecería de la contradicción sobre la cual se funda toda posibilidad de evolución 'e que facilita los procesos dinámicos del tratamiento.

Si la situación analítica estuviera investida solamente por la libido del yo, ella tendería, me parece, a sobrevivir tal como en la inmovilidad de un proceso coagulado.

Hay por otra parte un gran número de hechos clínicos que apoyan esta idea.

Las curaciones a veces espectaculares —o, con modestia, la desaparición de los síntomas más molestos— son menos el efecto de un narcisismo pleno, menos uno el efecto de curaciones llamadas de transferencia y si, me parece, más el signo de las resistencias masivas que, disimuladas por una falsa cura, permiten al paciente ponerse en fuga salvando las apariencias.

Si realmente el narcisismo solo estuviera implicado en tales casos, deberíamos esperar una evolución exactamente inversa de los síntomas, que justificaría para el paciente la continuación indefinida del tratamiento. Es por otra parte lo que sucede en ciertas estructuras psicopatológicas que nos dan con qué entretenernos.

Mi experiencia analítica no me permite afirmar como una regla del comienzo del análisis el compromiso *narcisístico* del sujeto. Me ha parecido de

observación clínica *más* corriente el estar en presencia de pacientes que no se decidían sin dudas a entrar en la situación analítica. Los casos tan frecuentes de ruptura del tratamiento al principio; la duración de *las primeras fases* del análisis; el carácter generalmente tardío de las verdaderas regresiones narcisísticas me parecen confirmar que lo que surge de golpe es el conflicto objetal revivido en la transferencia. El paciente difícilmente se resuelve a afrontar su pasado y sus conflictos, no se precipita de cabeza, dista mucho de ello, en la situación analítica. Hay todo un período de titubeos lentos, de desconfianza y de dudas, de poner a prueba al analista.

Lo que permite que se realice una *cierta evolución* es que históricamente la libido ya tiene dos destinos diferentes que van a oponerse, introduciendo la contradicción y el conflicto en el “devenir” de la psiquis, y por vía de consecuencias, en el del tratamiento analítico que recorre en sentido inverso la historia del sujeto y el destino de la libido. La *escisión original* de la libido explica que por una parte ella quede fijada al ser psíquico y somático del sujeto, la libido narcisística, que constituye los instintos del yo, llamados instintos de conservación, y que otra parte vaya a investir a los objetos, y que corresponde a la libido objetal de los instintos sexuales.

Vamos a encontrar la misma repartición libidinal en la situación analítica y es en el conflicto y la oposición de las dos cargas libidinales del yo y de los objetos donde estaría tentado de ver lo esencial de la dinámica del proceso analítico. Es el conflicto y la oposición que dan cuenta de la marcha dialéctica del análisis, constantemente dinamizado por los dos órdenes de necesidades, narcisísticas y objetales, del sujeto.

No me parece que el narcisismo solo sea apto para proporcionar el impulso necesario a la puesta en marcha del proceso analítico.

Existen todas las posibilidades de que una regresión narcisística primaria, es decir un estado anterior a la constitución del objeto y al surgimiento de los conflictos —si el paciente por hipótesis fuera capaz de ello—, no llegue al análisis, pues vez en el diván, él tendría todas las probabilidades de no dejarse cazar por ningún procedimiento técnico; el análisis se estrellaría contra lo que sería sentido por el paciente como tentativas insoportables de parte del analista para ponerle fin. Una descripción exacta de la situación analítica debería mos-

trar actuando a la vez la regresión libidinal narcisística y la regresión libidinal objetal, representada por la neurosis de transferencia.

La situación analítica está fundada a la vez sobre el narcisismo del sujeto, y en su movimiento mismo es la negación del narcisismo. Ella es introyección del objeto transferencial, negación de su existencia objetiva, captación ciega de los fines narcisísticos y negación de la negación; en otros términos, afirmación de lo perenne de las necesidades objetales y de la necesidad vital de mantener su existencia. De ahí la necesidad de salvaguardar el objeto, de asegurar sin tregua su reparación, condición indispensable al equilibrio narcisístico mismo del sujeto.

IV

El desconocimiento por parte del paciente de la realidad del analista y de su medio ambiente ha sido subrayado por todos los analistas. Un buen número de ejemplos que revisten a mentido caracteres sorprendentes han sido relatados en la literatura. El paciente percibe mal al analista en su realidad. Abundan los ejemplos de pacientes que se forman una imagen aberrante del analista.

He aquí un paciente que viene a mi casa desde hace más de dieciocho meses, que había podido ver en la entrada de la casa que habitaba entonces una colección completa de juguetes de mis hijos; que los había encontrado en la escalera, y que podía a veces a lo largo de la sesión comprobar el vigor de sus cuerdas vocales. Esto no le impedía preguntarme con toda seriedad: ¿Usted es casado?

Otro paciente, que me ve de luto cuando no lo estoy, indica claramente, por el contexto del momento de su historia, que revive, y por las asociaciones, la fantasía subyacente: en transferencia maternal, el analista es la madre que lleva luto por el padre. Aquí la alteración proyectiva de La realidad expresa a la vez la relación narcisística y la relación objetal.

Estos ejemplos no prueban la negación o la soledad narcisísticas del paciente. La situación analítica está fundada sobre una relación fantasmática no hacia el analista en su realidad, sino hacia el analista como soporte de las imagos. La relación analítica es esencialmente una relación fantasmática con imagos inconscientes. Cuando menos perciba el paciente la realidad *durante la* sesión más estará en situación analítica.

Así por ejemplo la hosca intromisión de ruidos externos en la percepción del paciente durante la sesión marca la resistencia; dicho de otra manera, el paciente abandona la situación analítica, es decir una relación imaginaria con objetos interiores proyectados, para realizar un cambio de plan típicamente *defensivo*. Las parapercepciones del paciente, sus alteraciones proyectivas del analista y de su medio ambiente, no prueban según mi opinión, la llamada negación “narcisística” de la realidad, sino la regresión analítica específica

lograda, que ha conducido a la desinversión de todas las relaciones “*objetivas*”, comprendidas aquellas que lo unen al analista como objeto real, en beneficio de una relación *proyectiva* con imágenes primarias.

El placer narcisístico que el paciente experimenta en el análisis es indiscutible; el analista lo sabe y debe manejarlo con una delicadeza de la que depende aun la continuación del tratamiento. Sin embargo, es en esta dosificación sutil entre el desagrado y el placer experimentados sin cesar durante la marcha del tratamiento donde reside la habilidad técnica del analista.

Cada una de sus intervenciones contribuye a conmoverlo, salvo cuando se trata de reaseguramientos o intervenciones deliberadamente gratificantes cuya oportunidad por otra parte subraya bien que el placer del sujeto en el análisis no existe sin mezcla. Cada analista ve cuándo las tensiones demasiado fuertes deben ser quebradas o cuándo la situación exige que se atenúe el rigor. Cada uno de los “efectos dinámicos” de la situación conduce a despojar al paciente de sus trincheras defensivas y, entre éstas, de sus defensas narcisísticas, ya revistan éstas la forma de la alegación de una autonomía ficticia o que la supuesta omnipotencia narcisística deje ver aun a simple vista, bajo la soberbia, su verdadera textura: el miedo y la inseguridad, la dependencia y el llamado. Cada una de las intervenciones del analista está concebida para poner en marcha, sostener y acelerar el proceso dinámico que tiende a la *curación* del paciente. Pero el paciente no tiene cura, todos sus esfuerzos tienden a anular los efectos dinámicos de las interpretaciones. Él escucha las palabras del analista —aún las reclama: *no lo oye*. El paciente siente que cada intervención, cada interpretación es un paso que lo acerca a la meta que él rechaza: el fin de la relación analítica. No es sorprendente que este paso sea rechazado, cuestionado, dado en sentido contrario.

El intenso aferrarse del paciente a la situación analítica no puede ser explicado solamente por el placer narcisístico que experimenta. La sobrevaloración del objeto y correlativamente su autodenigración representan una vivencia opuesta al narcisismo, aquella que *Freud* asigna al estado amoroso, es decir un empobrecimiento del yo en su libido en favor del objeto amado. El amante es humilde, dirá Freud. El paciente en análisis ha debido abandonar al menos una parte de su narcisismo, que no podrá ser recuperada más que por el amor que él pide al analista.

En la situación analítica la demanda al analista es otra modalidad de aumentar la autoestima, ella misma en relación con la libido narcisística.

Ejemplo otra vez, de la relación de complementariedad y no de exclusión entre libido narcisística y libido objetal, entre regresión narcisística y relación objetal en la situación analítica.

V

Me propongo ahora presentarles algunos elementos de una iconografía clínica que vendrían quizás a apoyar los argumentos que he sostenido.

“De pronto’, dirá este paciente, “de pronto me vuelvo a sentir seguro en este cuarto.”

“Allí veo un libro sobre Chagall, a mi derecha otra vez Chagall.”

“Su silencio... no sé. . . quizá querría que usted hablara... mi silencio de hace un momento respondía al suyo.”

“Me había alejado de aquí; lo que no puedo soportar es el darme cuenta que deseo que usted me hable. Pedirle que me hable me resulta insoportable.”

No era difícil imaginar las fantasías que poblaban su silencio. Quiere la relación; la culpabilidad provocada por el deseo inhibe la demanda. Es el lazo con el objeto transferencial, con lo que él implica de investidura culpabilizada de los objetos históricos, lo que no es tolerado. La caída en el aislamiento narcisístico prueba el rechazo defensivo contra los deseos despertados por los lazos objetales de la transferencia.

El paciente no está jamás solo durante la sesión. La regresión analítica intensifica la dependencia del sujeto y fortalece los lazos con los objetos imaginarios. La ruptura del lazo transferencial indica la evasión del sujeto fuera de la situación analítica.

El paciente no está jamás solo en el análisis y el analista no es un eco. Es que, y el lenguaje lo prueba, la situación analítica es una relación: no es jamás soledad. Es, profundamente, a pesar de las apariencias, un diálogo. Es una “muchedumbre de dos” no sólo porque el paciente proyecta allí el conjunto de sus imagos, sino además porque el analista no es ni eco ni espejo o, si lo es, es un espejo muy singular: *un espejo que habla*.

El analista no repite como el eco las palabras del paciente, dice algo distinto, algo totalmente diferente y aun lo contrario. Pues es evidente que su función es doble: él es espejo y lo contrario del espejo. Un espejo no interpreta: sólo refleja. Las dos son absolutamente contradictorias. Estas analogías no resisten finalmente un examen detenido: hay que pensar las cosas *cunt grano salis*. Cualquiera que sea la pasividad del analista, no alcanza jamás la de un espejo. No es una imagen puramente reflejada la que él devuelve al paciente, sino otra imagen construida, de la que el analista forma parte. *Cocteau* tenía razón: los espejos harían bien en reflejar más.

¡Espejo *sin* duda, pero de qué azogue tan especial! El dice la verdad al analista; miente al analizado que no se reconoce en él; y éste acusa al espejo de mentir como las reinas de los cuentos de hadas. ¡Recusa la imagen, imputa al imaginero de trampear; a veces lo rompe!..

“Usted se calla”; dice este paciente, “su silencio no me es agradable” [Silencio...]” No sé por qué he empleado esta forma, no corresponde a mi pensamiento, su silencio me es francamente desagradable. La última vez ni abrió la boca... y agrega en tono vivo: “Me gustaría prescindir de usted, venir a las sesiones y desdoblarme, estar a la vez en el diván y en el sillón.”

“Es tan decepcionante no poder comprender lo que se dice. Imagino mis palabras grabadas en una cinta magnética: a medida que se suceden usted examina la grabación y las interpreta.”

La negación narcisística del analista y la fantasía de estar solo durante la sesión, desdoblado, es una respuesta agresiva a la frustración, defensa (pie pone en evidencia más claramente aún la extrema necesidad del objeto que traduce la fusión narcisística.

He aquí un ejemplo breve, elegido a propósito fuera de una situación propiamente analítica. Se trata de una mujer joven que viene a verme con vista a emprender un tratamiento analítico.

En los primeros instantes de la conversación la paciente se muestra cerrada, dubitativa, las palabras le salen con dificultad. Luego el relato, antes contuso y dificultoso, se ordena progresivamente, el modo de hablar se anima y la paciente, en alrededor de tres cuartos de hora y con un silencio casi total de mi parte, dirá lo esencial de los problemas, dejando percibir el sentimiento de alivio que experimenta al contarse, y al hacerse escuchar en silencio.

Queda establecido, al final de la conversación, que antes de decidir sobre el análisis se realizará una segunda entrevista quince días más tarde.

La paciente llega a su cita puntualmente. De golpe, dice que desde hace quince días ha experimentado un sentimiento de bienestar que no había sentido hasta ese punto desde hacia mucho tiempo atrás: “una especie de euforia”, no más fatiga ni ideas tristes, no más angustia, vuelve a sentir gusto por el trabajo. “He hecho sin montón de cosas, de golpe me sentí alegre, proyectos. No me reconocía, con los niños he sido maravillosa.” Una cosa entre todas sorprende a la paciente. Siempre ha tenido problemas con el dinero, a pesar de provenir de una familia de fortuna; siempre ha sentido mucha dificultad en gastar el dinero de su marido, aun cuando él también está fuera de toda preocupación económica.

“Desde la última vez, no ceso de comprarme cosas bonitas y caras, collares..., y con un gesto muestra su cuello, prueba visible a cuenta de los electos de su futuro análisis. Esta clase de alegría corresponde enteramente a una vivencia narcisística; es sin embargo evidente que este estado de euforia no depende de una situación propiamente analítica y menos aún de una regresión narcisística.

La paciente misma, tratando de explicar lo que siente, dice muy bien (1 que aquí es en broma: “Ya me apoyo en usted, va me siento bajo su cargo”). La paciente no hace más que traducir a nuestro idioma lo que nos hemos

acostumbrado a decir en griego: ella habla de una relación anaclítica.

La euforia narcisística muestra bien hasta qué punto el sujeto se apoya en el objeto y se afirma por el lazo anticipado.

La necesidad extrema y la extrema apetencia de la unión narcisística muestran de manera sorprendente hasta qué punto ello es carencia y desnudez.

“Y sin embargo”, dirá este otro paciente, eyaculador precoz, yo no me amo. Me gusta que me amen. Yo sé que soy narcisista. Sí, me gusta contemplarme, y a pesar de todo, no me amo.

Lo que el paciente “contempla” es evidentemente su cuerpo y antes que nada su pene. El principal síntoma que lo condujo al análisis, la eyaculación precoz, y algunas experiencias homoeróticas, aclaran el investimento narcisístico del pene y prueban de la misma manera los serios temores a la castración que siente el paciente. Pues se observa constantemente que de todos los pacientes sujetos a la angustia de la castración, nadie lo está más que el carácter llamado fálico-narcisista.

Este paciente que tiene relaciones sexuales delante de un espejo, este otro que durante el curso del coito siente placer al mirar los movimientos de su sexo, siendo el momento más agudo del placer aquél en el que el pene ha abandonado casi completamente la vagina, ni el uno ni el otro deben su placer a la llamada “contemplación” narcisística de su sexo sino a la verificación de su integridad.

Aquí también la apariencia de la omnipotencia narcisística del pene no es más que el reverso defensivo de la angustia.

“Desde el comienzo del análisis”, dirá esta otra paciente, “no tengo más deseos de tener relaciones sexuales. El análisis me perturba. Cuando estaba embarazada estaba eufórica; sentía una especie de sensación de omnipotencia. Sucede lo mismo ahora desde que vengo aquí. No tengo más deseos de tener relaciones sexuales, tengo otras satisfacciones.’ Después de algunos titubeos la paciente dirá que se trata en efecto de satisfacciones masturbatorias

ligadas, confesión que será aún más difícil de hacer, a la transferencia.

Se ve por este ejemplo, que la regresión analítica es corolario de la desinvestidura del medio ambiente objetal real. Se percibe así que la regresión narcisística que tiende a la recuperación fusional del objeto hace resaltar aún más el papel capital del objeto en la dinámica y la economía de la regresión narcisística.

Sin embargo, el interés de esta secuencia no se limita al aspecto de la regresión narcisística, de la unión reladuna¹ con el objeto transferencial, de la expansión narcisística por la inclusión del objeto dentro de los límites del yo. Las asociaciones de mi paciente la habían conducido a recordar un sueño en el que un auto negro de la policía la perseguía. Después de haber recordado que su padre era policía, la paciente se acuerda de los sueños angustiosos que tenía de niña en los que el padre la perseguía.

Por otra parte, la renuncia a las relaciones sexuales debido al *análisis* y la elección de satisfacciones masturbatorias, es decir, la regresión al estado narcisístico de la autosatisfacción erótica, no se separaban de la investidura libidinal del *analista*, que era el objeto de las fantasías masturbatorias. La enferma dirá: “Yo no pienso en usted en ese momento, pero también sé que no está lejos de mi pensamiento.”

Aquí se ve claramente la doble significación narcisística y objetal de los efectos revividos en la transferencia.

La doble regresión de la paciente tanto en el plano del narcisismo fusional como en el plano del estado narcisístico autoerótico es igual y va en la misma dirección que la investidura objetal en el sentido transferencial histórico.

Nada más narcisístico que el autoerotismo masturbatorio, pero aquí también el narcisismo es inseparable del objeto. No hay masturbación sin fantasía masturbatoria, ya sea del orden de la ensoñación o de la fantasía inconsciente. En cuanto a uno de los ejemplos mas acabados de la regresión narcisística, el coito, es superfluo creo, recordar que implica también un objeto.

Si ahora, de las neurosis de transferencia se pasa a las llamadas neurosis narcisísticas, se percibe que cualquiera que sea el carácter masivo y patológico de la retirada de las investiduras objetales, los lazos con el objeto no son de ningún modo quebrados sino, así como en el proceso primario de la satisfacción del deseo, la relación de objeto es transpuesta al registro alucinatorio: la relación de objeto psicótica toma el camino de las actividades delirantes del sujeto.

El caso de la melancolía por ejemplo, que permite seguir como bajo el efecto de un agrandamiento patológico los trastornos de la repartición libidinal. La regresión que caracteriza la melancolía, marca, de modo negativo, la megalomanía narcisística del sujeto. La paradoja de esta regresión narcisística es que ella conduce frecuentemente a reacciones que van hasta el suicidio. Para conciliar el narcisismo y el suicidio es necesario que la relación de objeto, por perturbada que esté, no haya sido rota totalmente. Aquí estamos ocupados con una identificación narcisística con el objeto, que lleva a una especie de indiferenciación delirante de la relación sujeto-objeto. Estamos en presencia de un proceso de involución libidinal que conduce a la coalescencia de la libido narcisística y objetal, a una confusión delirante sujeto-objeto que hace comprensible el suicidio melancólico. La regresión narcisística que conduce a la megalomanía melancólica no significa, de ningún modo, el abandono del objeto, del mismo modo que la paranoia revela el carácter esencial de la relación con el objeto perseguido-perseguidor, alrededor del que se organiza la relación delirante que hace resaltar, y algunas veces hasta el drama —lo mismo, por otra parte, pero a la inversa que en el melancólico—, el papel capital que juega el objeto en las neurosis llamadas precisamente, y no por azar, “narcisísticas”.

Y nada podría persuadirnos mejor del carácter trágico del embaucamiento narcisístico que el lazo que une la megalomanía narcisística de la relación de objeto maniaca con su anverso depresivo.

El infierno del sujeto narcisista es la tiranía omnipotente del lazo con el objeto en el cual él se hunde y se aliena.

La alienación por el objeto es exactamente lo contrario del narcisismo, al menos tal como es comúnmente entendido.

La extrema violencia del movimiento que tiende hacia la ruptura de la relación da la medida de la importancia del objeto. El exceso delirante del psicótico, tanto en el odio como en el amor, subraya la dependencia total con relación al objeto significativo.

Si bien Freud ha indicado en su “Introducción al narcisismo” el papel de la madre como objeto sexual primordial, siendo el segundo el yo, varios años más tarde, en “El yo y el ello”, se va a dedicar a mostrar cómo el nacimiento del ideal del yo está a la vez ligado a la evolución de la libido narcisística y a aquella de la más importante identificación de la historia del sujeto: *aquella con el padre de su prehistoria personal*.

Hay que subrayar aquí el carácter específico de esta identificación primaria, que no es una simple investidura objetal sino, según los términos de Freud, “directa, inmediata y anterior a cualquier investidura objetal”.

Así, aun en la formación del ideal del yo, se halla la intrincación sincrética de dos elementos: heredero del narcisismo, avatar de la libido narcisística, es también en parte, el resultado de una identificación con las imagos originarias.

La génesis del ideal del yo prueba de que puede ser a la vez el heredero del narcisismo y representar, en la evolución espiritual del individuo los más altos valores de la obediencia.

“Quiero poder”, decía este paciente, “mirarme en un espejo sin sentir ganas de escupirme la cara.

No se puede expresar en menos palabras el lazo que une el narcisismo al ideal del yo y este último a los objetos introyectados.

Mirarse en un espejo, contemplación narcisística del amor por sí mismo,

poder mirarse: tener el derecho de ser amado por el objeto respetando de la manera más tiránica el ideal del yo; si no, escupirse el rostro: punición masoquista y cebo de los afectos disfóricos de la serie depresiva.

Esta relación especular parece a primera vista la imagen acabada de la soledad narcisística del sujeto autoabasteciéndose. El paciente parece circunscribirse más o menos a estas palabras: “Yo, completamente solo, solo, solo frente al inundo, contra él si es necesario, no le debo cuentas a nadie; sólo a mi mismo. Me rijo por una escala de valores que yo mismo me impuse como ley.”

Sin embargo, nada es tan falso. Si obedece a tal imperativo, por más categórico, él no le pertenece: es prestado. El sólo le ha dado a lo sumo su rigidez: si mira su imagen en el espejo es para asegurarse de su conformidad y de su compromiso: ella refleja a los otros. Es para los otros que el “narcisista” adorna su cara y el rostro; se adorna lo mismo con los artificios del ideal: son también los medios de la seducción.

Se percibe así que no es más el sujeto que mira su propio reflejo en el espejo. Es la mirada del objeto que debe reconocer ese sujeto en la medida que él concuerde o no con el ideal del yo. Hasta en esta relación especular tan puramente narcisística se arriesga el dejarse llevar por las apariencias y de ningún modo ver por qué ella marca precisamente la alteridad.

No es por azar que la intuición poética de la mitología ha elegido el agua para que Narciso se mire en ella y no el espejo o el metal.³

Es que en efecto el mito de Narciso es sólo comprendido a medias si se

³ O. Bachelard, *El agua y los sueños*; *Llavallo*, *El error de Narciso*.

desconoce lo que él oculta de insatisfacción consigo mismo, incompletud, de apetito vital del otro. El espejo le devuelve siempre sólo su reflejo. Puede romperlo, de la otra parte no hay nada. La fuente, al contrario es un camino abierto, hacia otros (hacia la ninfa Eco, representación sorprendente de la unión sincrética de sí mismo y del otro).

Y es ciertamente a la fuente que va Narciso. ¿Qué hace allí? ¿A mirarse en ella pasivamente, abismado en la pura contemplación de su belleza? No, de ningún modo. Él actúa, tiende los brazos hacia el agua, sumerge sus manos: busca.

Habla. A sí mismo, a su imagen. A la ninfa. A Eco. *Siempre a él lo mismo que al otro*. En ninguna parte se comprende mejor el doble movimiento que va del conocimiento de sí mismo-identidad reflejado en el agua que se torna realidad sensible, abierta a todos los sentidos, al toque de las manos, y la alteridad del doble, la permanente búsqueda de la unidad perdida: la sed del otro, trágica y necesaria.

En fin, camino abierto hacia los otros, la fuente del mito se abre hacia la muerte y toda aproximación verdadera hacia el narcisismo desemboca en el eterno problema. Pues cada uno siente que sería necesario ir más lejos. Por sometida que esté a los fines narcisísticos la relación de objeto, la bipartición libidinal introduce una contradicción que no permite admitir más que el narcisismo subsuma en sí mismo solamente el conjunto de las fuerzas libidinales en juego.

Pero esto es ya otra historia y será necesario contarlo en otra oportunidad.

DISCUSIÓN

F.Pasche, presidente, felicita a *S. Viderman* por la perfección de

composición de su trabajo y por la originalidad de su apología del objeto.

G. *Devereux* insiste en la necesidad de unir la teoría y la clínica. Muestra cómo las concepciones de S. Viderman explican el fenómeno de la *appersonation* de *Sperling* y el de la *déprivatisation*.

D. *Braunschweig* subraya que la situación analítica se caracteriza por el lenguaje que marca la alteridad y constituye para el paciente una herida narcisística unida a la necesidad de expresar verbalmente su deseo.

A. *Green* piensa que la teoría de S. Viderman no debe ser considerada como una defensa del punto de vista del objeto en contra del punto de vista del narcisismo y plantea el problema de la existencia de campos distintos, propios, ya sea del narcisismo o de la relación objetal.

Mme. E. *Kestemberg* felicita al autor por haber precisado el concepto del narcisismo, tan difícil de comprender en la obra de Freud. Muestra con un ejemplo clínico, el lazo entre la prevalencia de una necesidad de investidura narcisística y el objeto.

S. Viderman también es felicitado por B. *Grunberger*, cuyas teorías sobre el narcisismo son retomadas y desarrolladas por M. *Fain*. Este compara las posiciones de S. Viderman con aquellas expuestas sobre el papel del narcisismo en el tratamiento por B. *Grunberger*, luego con las posiciones psicósomáticas expuestas por P. *Marty* y por él mismo en el Coloquio del Castillo de Artigny.

S. DECOBERT

intervención de G. Devereux

Admirable desde todo punto de vista, este estudio tiene el mérito muy particular de unir perfectamente la teoría y la clínica. Como lo señala nuestro colega *Pasche*, representa una reacción contra una especie de idealismo psicoanalítico y ahí radica uno de los grandes méritos del autor. Son numerosos los trabajos psicoanalíticos que mientras pretenden hacer *teoría* no hacen en realidad más que *filosofía*. Ahora bien, mientras que la verdadera teoría investiga las implicancias de los *hechos*, la filosofía disfrazada de teoría no investiga más que las implicancias del *len guaje* empleado para *irabiar* de los hechos. La teoría describe lo que es y lo que es posible, la filosofía que pretende ser una teoría no describe más que lo que es posible “decir” gramaticalmente: por tanto no nos puede informar ni sobre lo que es ni sobre lo que puede ser. Esto es, según mi opinión, contrario a la gran tradición freudiana. El hermoso estudio de nuestro colega Viderman, está dentro de la gran tradición freudiana. No busca ‘excusar’ a *Freud* por haber seguido la tradición positivista del siglo XIX; él continúa esa gran tradición, la única válida dentro de la ciencia.

Como sucede siempre cuando se trata de una teoría realmente científica, al escuchar esta hermosa conferencia se ve desfilas frente a nuestros ojos diversos casos clínicos, *sobre todo* en los pasajes más abstractos. Esto es natural, pues cuanto más abstracta es una teoría, más variada es la gama de los fenómenos que explica.

Creo comprender que según nuestro colega Viderman, la libido que Ira estado antes *ligada* a un objeto lleva la marca de esta antigua investidura aun cuando esté luego ligada al sujeto. Esta noción me parece en extremo convincente y explica creo, mejor de lo que se ha podido hacer hasta ahora, el fenómeno de *apersonation* discutido por *Sperling* (Int. J. Psa. 25. 128, 132; 1944).

En cuanto a la tesis de que el analista es un objeto, ella explica por qué la comprensión (*insight*), deriva esencialmente de una situación de comunicación. Un breve ejemplo lo demostrará. Un colega me contó que algunos días después de haber terminado su análisis didáctico tuvo un sueño, un detalle del cual le era incomprensible. Al día siguiente visitó una pareja de

amigos, *no psicoanalistas*, y les dijo riendo: “Debo pedir que me devuelvan mi dinero, he tenido un sueño y un detalle del mismo me resulta incomprensible. Soñé que... “En ese momento se interrumpe: “Inútil seguir; acabo de comprender el detalle.” La comprensión se había realizado en el momento mismo en que se aprestaba a *comunicar a alguien* lo que no había comprendido. He llamado a este fenómeno, la *déprivatisation*. Las consideraciones de Viderman no sólo explican este fenómeno, sino que relacionan sólidamente el método psicoanalítico con la mayeútica de Sócrates, cuyas similitudes con la de Freud ya han sido señaladas por Crotjahn (Samiksa).

intervención de M. Fain

Agradezco vivamente a Viderman por la exposición rica, bien dicha e instructiva que acaba de realizar hoy. Es cierto que *no* estoy seguro de que algunas de las observaciones que escuchar este trabajo me ha sugerido se ajusten del todo a lo que él nos ha dicho al respecto de la plurivalencia atribuida al término narcisismo. Me ha parecido que Viderman tomaba al menos en parte, lo contrario de las *teorías de B. Grunberger* y que se desprendía de ello el establecimiento del papel esencial jugado por el objeto y la relación con el objeto en el desarrollo del tratamiento psicoanalítico. Me pareció que resultaba de ello cierta confusión entre el narcisismo defensivo, el amor por su propia imagen y su acción propia, su manera de ser, narcisismo secundario y patológico cuando él es exclusivo de la necesidad fundamental de un retorno regular a la identificación primaria sin objeto que caracteriza particularmente el dormir sin sueños. Si consideramos la función *del* retorno al narcisismo primario en su finalidad de restauración libidinal no podemos dejar de asignarle un papel esencial en la conservación de la vida.

Ahora bien, durante el curso de un tratamiento psicoanalítico, el protocolo del mismo busca inducir a una cierta pérdida de la vigilancia, un cierto sueño que sería fácil de descuidar en sus consecuencias dinámicas reparadoras, consecuencias idénticas a las del sueño. El mérito de B. Grunberger ha estado en recordar este fenómeno esencial y mostrar su valor dinámico.

Este polo de atracción del tratamiento, deseo de fusión reparadora tanto más fuerte cuando los conflictos han sido precoces, debe ser en mi opinión netamente diferenciado en el plano clínico de la búsqueda del placer ligado a las zonas erógenas.

En el Coloquio de Artigny, con *P. Marty*, hemos defendido la tesis, que por otra parte no es original, de la existencia de un equilibrio entre un fondo narcisístico que se ha diferenciado en respuesta al instinto maternal y el surgimiento de manifestaciones autoeróticas que vienen a compensar carencias momentáneas de este tono narcisístico de fondo. Si en teoría la libido debe ser considerada como proveniente de una sola fuente, no es lo mismo en la práctica. Existen al respecto dos formas clínicas extremas que muestran bien las alteraciones del equilibrio y del ritmo entre la necesidad de fusión reparadora y las investiduras objetales de tipo erótico.

Un primer tipo clínico, a predominio erótico, se caracteriza por el surgimiento violento de movimientos objetales rápidamente revividos en la transferencia y luego investidos también rápidamente en el mundo exterior. Son análisis rápidos si uno no se da cuenta de lo que sucede. Estos pacientes arden, se consumen. Mueren antes de los cincuenta años, a menos que hayan tenido la prudencia de incluir estas manifestaciones brutales dentro de las estructuras psicóticas. Ciertas formas clínicas de tuberculosis pulmonar ilustran tales comportamientos: el conflicto esencial se sitúa al nivel de la fusión narcisística y el paciente se mantiene de una manera descontrolada en una relación de conducta genital. El pasaje de la novela de Octave Mirbeau referente a los amores de la mucama, heroína de su novela, con un joven tuberculoso, muestra no solamente un tuberculoso de este tipo, sino también uno de los acontecimientos esenciales que lo llevaron a este fin. A fuerza de relaciones sexuales repetidas, el joven muere en los brazos de la mucama. Esta última, incapaz de dispensarle los cuidados que exigiría la salud de su patrón, favorece por el contrario el erotismo del joven, sin ayudarlo a recuperar en un nivel narcisístico.

En situación opuesta a esta forma clínica se encuentran los pacientes cuyo

mecanismo de defensa esencial es la fusión. Se trata de hecho, de una defensa y no de una relación fusional real. En efecto casi infaliblemente se encuentran en sus antecedentes frustraciones precoces graves y luego el establecimiento ulterior de una muy buena relación con un adulto. Esta última es entonces utilizada para rechazar las representaciones ligadas al estado precedente. Durante el curso de las sesiones, ellos aportan un material rico, a menudo de apariencia muy instintivo, pero siempre dentro de una atmósfera no conflictiva. De hecho su tipo de relación con el analista es efectivamente de un narcisismo puro. Al hablar de los enfermos que presentan trastornos alérgicos en el último Congreso de Amsterdam, yo tipifiqué esta relación, diciendo que ella reproduce punto por punto la del yo onírico con el sector del yo que ha retrocedido al estado de narcisismo primario.

En cierta medida estos pacientes sienten una gran libertad de asociaciones mientras el analista no se manifiesta, es decir, literalmente, mientras no se despierte.

Aun ahí hay' que distinguir dos formas clínicas: una primera que se confirma con el silencio del analista, una segunda que exige una palabra de aprobación del analista de la misma manera que siendo niños estos pacientes no podían conservar su sueño si no eran acunados continuamente, es decir que la adquisición de un guardián autónomo del sueño había sido retardada o mal establecida. En tales pacientes el análisis crea una situación de vigilia de frustración, hecho que S. *Nacht* y *Videman* ya habían subrayado. Este tipo de transferencia va a ser abordado y descrito por P. *Marty Nacht*, por *Videman* y C. *Stein*. Pero si damos al César lo que es del César, es B. Grunberger el que mostró el carácter energético de este lazo narcisístico. Es posible discutir la teoría que extrajo de ello pero este valor energético es tan innegable como el hecho de que el sueño repara la libido de todos los seres humanos.

La existencia en el análisis de una forma estable y elaborada de transferencia muestra una cierta pérdida de vigilancia más cercana al sueño que al delirio, en la cual el sueño reparador justamente no existe, hecho sobre el que he insistido con C. *David* a propósito de la función onírica. De la misma manera esta reparación energética no existe en la forma puramente instintiva

que describí primeramente.

En fin, B. Grunberger no ha dicho jamás que esta relación sin objeto podía producirse sin la presencia del analista.

Por el contrario, atribuyo a la pobreza que caracteriza la elección narcisística riel objeto esta manera de ver el mundo a través del ojo de una cerradura recortada de acuerdo a su propia silueta, hecho sobre el erial bien ha insistido Viderman. Lo repito, creo que mi intervención se inscribe más dentro de las perspectivas múltiples que se abren cuando se considera el narcisismo, que dentro de una divergencia profunda con el trabajo tan rico y bien expresado de Viderman.

intervención de A. Green

Yo manifiesto a Viderman mi acuerdo con la casi totalidad de los puntos que él sostuvo hoy. Sería erróneo ver una defensa del punto de vista del objeto contra el narcisismo. La verdad es más bien que el movimiento de péndulo de la teoría la hace ir de un extremo al otro. *Bouvet*, en su teorización sobre la relación de objeto incluía en dicha relación todos los objetos comprendidos en ella, los ideales del yo (informe sobre la *Des personalización*> - Tras él, otros autores —*Grunberger* en nuestro país— otorgaron al narcisismo un estatuto que le da preeminencia sobre la relación objetal. Esta noche Viderman nos parece, no volver a la posición de *Bouvet*, sino reencontrar lo que debe ser punto de partida de la discusión sobre los lazos entre relación de objeto y relación narcisística.

Volveré primeramente sobre la observación hecha por él relativa a la satisfacción alucinatoria del deseo Viderman hace observar que esta manera de proceder está destinada al fracaso con relación al objeto si ella tenía por finalidad adueñarse de él. En realidad, si el niño sobrevive es porque la madre responde a sus gritos. Aquí comienza el malentendido, la madre se atribuye la omnipotencia sobre el niño ya que ella e asegura la supervivencia y' el niño se atribuye la omnipotencia ya que la alucinación le ha proporcionado la verdadera

satisfacción. Esta situación es metafórica. Su lección parece sin embargo implicar que la satisfacción alucinatoria del deseo fracasa sin duda en cuanto al dominio real del objeto, pero por el contrario, a través del malentendido, ella crea el deseo y con él el campo que le es propio.

El malentendido se perpetúa durante el tratamiento, el analizado sitúa su objeto fuera de él en la persona del analista. El analista tendrá que mostrarle que la línea de demarcación entre el yo y el objeto pasa a través del propio analizado. La regresión narcisística, cuando se produzca, tendrá las más estrechas vinculaciones con estos objetos internalizados.

Por lo demás es importante subrayar hasta qué punto es fundamental la ausencia de univocidad del estatuto del objeto. Lo que llama, junto con la gama heterogénea de las investiduras, a la gama correspondiente de las contra-investiduras.

La pregunta entonces se replantea. ¿Hay un campo propio del narcisismo, algo que implique una serie diferente de la de la relación objetal? Sin duda la orientación de las pulsiones hacia el yo es lo que subtiende la imagen especular, la identificación, los ideales del yo.

Pero me parece fundamental insistir sobre el hecho de que esta serie del narcisismo no se deja aprisionar dentro del cuadro de las pulsiones de vida, el narcisismo no es solamente guardián de vida, es también, hay un narcisismo letal, prisionero de la muerte. Esta muerte no acontece en mi opinión en la dilución o la expansión sino en la captación por la imagen de sí mismo, en el espejismo de urna liberación del deseo por autosuficiencia. * No en vano Freud decía que al fin de cuentas la melancolía —portadora de la muerte— era la única neurosis narcisística.

respuesta de Serge Viderman

Agradezco a todos los que han tomado la palabra. He sido sensible a las

* Cf. “El narcisismo primario”, *El inconsciente*, n° 1, pp. 127-156 y n.º 2, pp. 89-116; 1967.

palabras de *Pasche* y el acuerdo que expresó con lo que yo he dicho.

Si he podido dar la impresión de haber intentado una “apología del objeto” es sin viuda por el acento que he puesto fundamentalmente en el papel del objeto, pero es la impresión que da la exposición oral y estoy’ casi seguro de que no seca así en sur lectura.

He querido situarme con relación al narcisismo, a la relación de objeto y a su papel respectivo en la estructuración de la situación analítica, en una posición de equilibrio, la recién señalada por *Green* en su intervención.

Me ha parecido que dar importancia alternativamente a uno u otro de estos dos factores era no tener en cuenta el papel que juega en la dinámica de la situación analítica la oposición de los dos modos de investidura libidinal: narcisística y objetal.

Otorgar al narcisismo solo, o a la relación de objeto sola, un papel predominante en la dinámica del tratamiento es privarse ya sea de una, ya sea de otra dimensión esencial del análisis y, cuya oposición y enfrentamiento dan cuenta del carácter dialéctico de la situación analítica.

Apruebo totalmente las observaciones hechas por *Devereux* sobre la necesidad de unir y aclarar la clínica y la teoría, una por otra.

Querría aprovechar la ocasión que se me ofrece para precisar lo siguiente: se otorga a veces a la clínica, una especie de soberanía que me parece usurpada. Sea cual fuere su importancia y su pape1, que son en verdad grandes y que nadie sueña en cuestionar, la clínica es, en ausencia de una teoría que la aclare, absolutamente ciega.

Tomaré un ejemplo simple y (lime está en la memoria de todos.

Mientras *Breuer* cuida a Ana O. durante dos años, la experiencia que realiza le es totalmente incomprensible.

De forma puramente empírica, en ausencia de toda comprensión teórica de su descubrimiento, Breuer tiende a un método terapéutico que permanece virtual. Privado de una teoría que le daría su sentido, la observación de Breuer queda como un fenómeno insólito, una curiosidad psicopatológica encerrada en sí misma, estéril, y al fin de cuentas abandonada.

Cuando Breuer informó a *Freud*, éste no estaba en mejor situación para comprender la significación x' menos aún de captar sus implicancias revolucionarias.

El psicoanálisis va a nacer del encuentro de dos circunstancias excepcionales: una observación insólita que encuentra un espíritu capaz de elaborar una teoría que revela su sentido y permite una nueva comprensión de la neurosis al mismo tiempo vicia el descubrimiento de un método terapéutico generalizarla.

Pero para eso hubo de esperarse la decena de años que necesitó Freud para concebir una *hipótesis* teórica capaz de transformar una experiencia que no desembocaba más que en ella misma, en una experiencia cuestionada, punto de partida de una revolución que es antes que nada el triunfo de La teoría sobre los datos brutos de la experiencia.

El error de *Janet*, al mismo tiempo, logra mostrar cómo, habiendo partido de las mismas observaciones clínicas, pero en ausencia de un aparato teórico exacto, uno condujo a la catarsis, el otro a la anticatarsis.

En uno, una reflexión teórica acertarla condujo a formular justa— mente el principio del psicoanálisis: el enfermo se cura recordando; en el otro, la subversión de la teoría arruinó la práctica y condujo por la autoridad de la sugestión a imponer un *encadenamiento inexacto de los acontecimientos*.

No agregaré nada a lo que acaban de decir *Denise Braunschweig* y *Evelyne Kestenberg*, cuyos ejemplos clínicos van, me parece en el mismo sentido que lo que he dicho recién.

Green tuvo razón en recordar el interés que hay en examinar atentamente las relaciones del narcisismo y de las pulsiones de muerte; yo mismo hice una breve alusión al final de mi exposición, pero no era posible decir nada más esta noche. Es además una cuestión que me significa mucho como para que no piense dedicarle el cuidado que merece.

Fain ha subrayado las cosas que no dije **y** en particular mi discreción en cuanto a la regresión narcisística. Me era difícil abordar este problema sin sobrepasar los límites de una conferencia **y** sin repetir lo que ya dije en el Coloquio de Deauville sobre la regresión en la situación analítica.

Esta noche he tratado de situarme en una perspectiva diferente que me permita ampliar las ideas desarrolladas en Deauville **y** sobre todo abordar los problemas planteados no solamente por la regresión narcisista en la organización de la situación analítica sino además los problemas generales que plantea la utilización psicoanalítica del concepto de narcisismo.

Traducido por T. R. Vidal